

LOS QUE MANDAN: SON POCOS Y Serán Menos



POR MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

Ernesto Marcos Giacomani y Humberto Lobo Morales fueron compañeros de banca en el Instituto Regiomontano, un plantel lasallista fundado en Monterrey en 1943. Ambos, figuraron en las primeras generaciones, pues ingresaron antes de que el plantel cumpliera diez años. Al concluir la preparatoria, en los primeros sesentas, los dos jóvenes separaron sus rutas. Marcos se quedó en el Instituto Regiomontano, que se estaba abriendo a la enseñanza profesional, y estudió economía; luego habría de especializarse en la Universidad de Notre Dame y a su regreso, ya en los setentas, vendría de la capital de Nueva León a la de la República, para trabajar en el gobierno federal, donde sexenio a sexenio ha ido ocupando posiciones de mayor responsabilidad. Lobo Morales, por su parte, se preparó para sustituir a su padre, de igual nombre que él, en la dirección de la próspera empresa familiar, junto con su hermano Javier.

Dadas las tareas de cada uno, es probable que siguieran en comunicación, pues Marcos se especializó en administración económica y financiera en el ámbito gubernamental, área que está en vinculación con los intereses de las grandes empresas, como la de la familia Lobo. Por lo demás, el Instituto Regiomontano reúne a sus ex alumnos cada cinco años, como lo hizo en la penúltima semana de mayo, al cumplir su cuadragésimo aniversario. Con ese motivo, *El Diario de Monterrey* publicó el día 20 el programa de las festividades, acompañado de fotografías de algunos ex alumnos distinguidos, entre ellos Marcos y Lobo en sus épocas escolares. Otros egresados que como dice el periódico "ahora son personalidades en sus ámbitos", son Hernán Guajardo, jefe de la policía judicial de Nuevo León, y Luis Eugenio Todd, antiguo rector de la universidad pública de esa entidad y ahora secretario de Educación en el gobierno de Jorge Treviño. Por desgracia, la amplia nota no informa sobre los cargos que ocupan otros ex alumnos sobresalientes. De allí que los lectores de *El Diario de Monterrey* no necesariamente recordaran que Marcos Giacomani es director general de Nacional Financiera y Lobo Morales presidente del consejo de administración de Protexa, y menos tuvieran presente que un mes antes, el 21 de abril, ambos habían figurado en las noticias, uno como vendedor y el otro como comprador de la Compañía Minera de Cananea.

La operación había sido muy llamativa. Por un lado, se trata de una empresa con largo historial: el dictador Díaz autorizó al gobernador de Sonora, Izabal, solicitar auxilio de "rangers" norteamericanos que entraron a reprimir un levantamiento obrero que durante años figuró, quizá ya deje de ser así, en los antecedentes oficiales de la Revolución Mexicana, movimiento histórico que al institucionalizarse produjo un gobierno que creó Nacional Financiera, primero, y luego adquirió de intereses extranjeros la célebre explotación de cobre. Por otra parte, la empresa no era un mal negocio, pues aunque tuviera una fuerte carga financiera por endeudamiento, ésta era soportable al grado de que la compañía empezaba a tener utilidades, no escasas por cierto, ya que en 1987 ascendieron a más de treinta y tres mil millones de pesos. Además si bien la producción de cobre en todo el mundo pasa por el trago amargo común a las materias primas de los países pobres, de precios bajos causados por el creciente empleo de sucedáneos plásticos, se trata de una explotación deseable, ya que es una mina a cielo abierto. Un solo dato bastaría para saber que se trataba de un negocio apetecible: cuando Nafinsa la puso en venta, optaron por ella los principales consorcios mineros del país que no son precisamente hermanas de la caridad y no se interesarían en operaciones poco o nada rentables. El modo en que

fue transferida Cananea a Protexa llamó también la atención, porque Nafinsa no recibió dinero en efectivo, sino que le fueron entregados documentos de deuda mexicana redimida por más de novecientos millones de dólares, pero que habían sido comprados a sus tenedores por la mitad. Protexa había hecho, pues, el negocio perfecto. En fin, era también atrayente de la atención el hecho de que el director del consorcio regiomontano, Javier Lobo Morales, fuera diputado federal, que su candidatura no hubiera sido presentada, como podría suponerse por ser un empresario y de Monterrey, por el PAN sino por el Partido Revolucionario Institucional. Para que nada falte en el panorama, ahora sabemos que, adicionalmente, había la relación amistosa antigua que hemos recordado entre el vendedor y el comprador.

No estoy sugiriendo nada entre líneas. Se sabe menos de la conducta empresarial de Lobo Morales precisamente porque se trata de un miembro de la iniciativa privada, pero se conoce la trayectoria de Marcos Giacomani justamente por su carácter de hombre público, dedicado a la administración del Estado tanto en la Secretaría de la Presidencia, como en la de Industria y Comercio y la de Patrimonio y Fomento Industrial (donde llegó a subsecretario) y en Nafinsa, en que fue director adjunto y es hoy director general. Nada en su hoja de servicios y su biografía autoriza a pensar que obrara con un interés legítimo. Señalo la vinculación personal entre ambos, lejos de sugerir nada que tenga que ver con la corrupción ni con el derecho penal, sino con los intereses que confluyen en el poder, y en cómo el conocido fenómeno de las élites que mandan se sintetizan de manera tan plástica en este caso.

Si se trata de un hecho común a todas las sociedades del mundo, en que unos pocos selectos rigen la vida de los muchos, desde el gobierno, las empresas, los medios de información, etcétera, ¿a qué llamar la atención sobre esta anécdota? La razón es reflexionar sobre dos hechos encadenados entre sí, que tienen que ver con los fines y las funciones del Estado y la forma en que éste regula y modela la vida de las personas.

Durante un largo periodo, especialmente después de la Revolución, la capilaridad social fue un fenómeno sociológico evidente en México: desde las últimas capas de la sociedad podían emerger personas capaces de incorporarse a las élites que mandan. Esa circunstancia alimentaba doblemente a esos grupos selectos. Por una parte, traía a la cúpula las vivencias de los estratos más bajos, efecto beneficioso para la integración social, y por otro lado permitía la circulación social, consecuencia sana para evitar las esclerosis del cuerpo comunitario. En las últimas décadas, la capilaridad ha disminuido hasta casi desaparecer, y ahora es más remoto que un hijo de obreros o de campesinos transite hasta sitios de dirección social o política. Por lo contrario, los que mandan engendran a los que mandarán y que serán dueños de una visión social estrecha, ayuna de la vitalidad que da la circulación.

En la cúpula política, ese fenómeno se ha evidenciado en la creciente privatización del servicio público. Cada vez es mayor el número de miembros de las buenas familias que en vez de administrar los negocios familiares eligen ingresar en el gobierno, dueños de destrezas adquiridas en instituciones privadas o extranjeras. La concepción del mundo así adquirida impide o dificulta la formación de una conciencia del Estado a la que eran —o son, en los pocos casos supervivientes— más dúctiles los cuadros venidos de los ámbitos públicos al servicio público. Como lo ilustran los casos de Marcos Giacomani y Lobo Morales, los que mandan en la política, en la economía son los mismos y no están devididos.